

GAZIEL, CRONISTA DE LA GRAN GUERRA

Gaziel se convirtió en testigo del horror de la I Guerra Mundial. Sus crónicas fueron más allá del periodismo

En 1915, la barcelonesa Casa Editorial Estudio publica *Diario de un estudiante en París*. Reeditado por Diéresis en el centenario de la Gran Guerra, recoge las crónicas de Agustí Calvet, Gaziel (1887-1964), uno de los más relevantes cronistas del periodismo español y europeo.

Alumno de La Sorbona, en agosto del 14 contempla la movilización del ejército francés y la desbandada de los parisinos. Dotado de una precoz intuición histórica de los hechos, el doctorado en Filosofía prefiere permanecer en su pensión de la rue Fustenberg. La batalla del Marne y las desasossegadas cartas paternas provocan su retorno a Barcelona. Cuando el director de *La Vanguardia*, Miguel de los Santos Oliver, lee sus escritos le propone la corresponsalía de París. Sus crónicas, rubricadas ya como Gaziel, entusiasman a los lectores.

Fúnebre «impasse»

En diciembre del 14 el flamante periodista recoge su acreditación en Quai d'Orsay. Escribirá 350 crónicas: el más exhaustivo corpus de un reportero español en la Gran Guerra. La segunda entrega, *Narraciones de tierras heroicas* (1916), abarca los últimos meses del 14. La guerra entra en un fúnebre *impasse*. Después de cuatro meses, escribe Gaziel, «en que han ido cayendo más de dos millones de hombres sobre las tierras resquebrajadas y ardientes de los campos de batalla, el esplendor ficticio de los uniformes, el claro ondear de los estandartes bélicos, toda la pompa y el aparente fulgor glorioso de los ejércitos, se han ido cubriendo de oleadas de polvo y sangre. Y ahora es cuando empieza la verdadera guerra: cuando ya ha perdido todo interés vano y mundanal, y aparece en su desnudez horrible, sin ningún atenuante que la suavice, trágica y devastadora, flagelan-



COLECCIÓN ABC

EN EL CAMPO DE BATALLA

«Los alemanes van a la guerra como una cruzada. Los franceses, como a un sacrificio indispensable. Los ingleses, como un "sport"», escribe Gaziel (abajo). Arriba, soldados ingleses reparan un puente en las cercanías de Monastir en 1917



do los pueblos y estrujándolos con un ímpetu brutal».

El 24 de noviembre de 1915, Gaziel publica su tercera serie de crónicas, que concluirá el 19 de marzo de 1916 y que titula *De París a Monastir* (1917). El periodista emprende el camino de Oriente. El costumbrismo de las entregas en Génova, Milán y Nápoles da paso a la desmitificación histórica de una Grecia que nada tiene que ver con su esplendoroso pasado civilizatorio. El prototipo de griego moderno, advierte, «no es, pues, Aquiles, el guerrero impulsivo y sin tacha, ni Agamenón, el rudo conductor de hombres, ni Pericles, el político excelso; sino Ulises, el aventurero astuto y enredón indomable». Cultura y mirada moral que, como señala Jordi Amat en la edición de Libros del Asteroide, «trasciende la crónica informativa y convierte el artículo de periódico, el reportaje narrativo en altísima literatura».

A medida que Gaziel se adentra en los Balcanes con destino a Monastir –la actual Bitola de la República de Macedonia–, transita por un paraje de lobos:

«Los trenes fallan, los vapores mienten, los coches huelgan, los hoteles engañan, las distancias se ignoran...»

El cronista toma notas en un rutilante campamento británico: «Los alemanes van a la guerra como una cruzada. Los franceses, como a un sacrificio indispensable. Los ingleses, como un sport...» Y añade: «Llamémosle inglesa, turca, serbia, italiana u holandesa, la turbamulta de los desheredados permanece siempre la misma, sumergida en su miseria, sujeta a todos los males y arrastrada, sin tener arte ni parte, a sufrir todas las calamidades de la vida».

Basura humana

Dividida en tres etnias –griega, búlgara y serbia–, en Macedonia palpita el corazón de las tinieblas. Un paisaje rocoso y nevado que atraviesa un automóvil jadeante. Aturdimiento ante los refugiados serbios, «culpables» oficiales de esta guerra civil europea: «Ninguna escena, entre las que he presenciado durante el curso de la guerra, me produjo la conmoción de esa horda de lugareños harapientos, medio desnudos, barridos de sus tierras como despojos de basura humana».

Monastir, topónimo de la barbarie: «Entre las oleadas de fugitivos, me parecía estar viviendo una de las escenas milenarias, de peste, de miseria y de terror, que la consciencia moderna había excreado tanto, aún no hace dos años, como si estuvieran relegadas para siempre jamás a las negruras del Medievo».

Gaziel anticipa la lectura de la guerra en años futuros. Y es esa conciencia histórica sobre los acontecimientos «en proceso» lo que le sitúa muy por encima de otros periodistas. Mientras los historiadores seguirán analizando quién tuvo la culpa, «ni memoria quedará de esos campesinos de Murichovo que yo vi errantes y hambrientos, sin patria, sin hogar y sin nada, tratados peor que las bestias...» Es la simiente de los Balcanes, que resurgiría venenosa, setenta años después, en la masacre yugoslava.

SERGI DORIA

DE PARÍS A MONASTIR GAZIEL



Ensayo
Prólogo de
Jordi Amat
Libros del
Asteroide,
2014
17,95 euros

★★★★